



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

UNIVERSITAS¹

VICENTE FATONE

Joaquín V. González y Alejandro Korn se propusieron enseñarnos la misma vieja lección que a través de los siglos se han venido empeñando en enseñar los grandes maestros de la humanidad: que la misión del espíritu es liberarse liberando; que la libertad es libertad en la acción creadora, y que la acción creadora no puede cumplirse sino en el amor. Fueron, los dos, enemigos de la irracionalidad, del miedo y del odio. En una página que urge volver a difundir, Joaquín V. González comenzaba diciendo: “A mí no me ha derrotado nadie...” Y esas palabras que podrían parecer una expresión de soberbia, concluían exaltando la misión del amor en las luchas entre los hombres. Alejandro Korn, a quien tampoco nadie derrotó nunca, declaró en una de sus páginas, desgraciadamente desfigurada por una sutilísima errata, que la más alta sabiduría del hombre se había expresado en la antigua sentencia según la cual el principio creador del universo es el amor.

¹ Publicado originalmente en Sur, Noviembre y Diciembre, Buenos Aires, 1955.

Esos dos hombres denunciaron la irracionalidad, el miedo y el odio, como los enemigos del espíritu. Ceder a cualquiera de esas tres tentaciones es incurrir en el pecado que según una dura teología no habría de merecer perdón: el pecado contra el espíritu. Y cualquiera de ellas nos hace pecar contra el espíritu, porque éste no es sino la mente enamorada de que hablaba el poeta: mente enamorada que mueve el sol y las estrellas. La irracionalidad, el miedo y el odio esterilizan el espíritu, porque le impiden crear. Cediendo a esas tentaciones, hemos venido sumiéndonos, durante años, en aquel caos primitivo del que con tanto esfuerzo habíamos hecho surgir nuestra pequeña estrella danzante que pronto volvió a hundirse en las tinieblas.

En estos momentos debemos preguntarnos cómo los universitarios nos disponemos a ser fieles a esa enseñanza. Una universidad es una marcha conjunta en la vida de la cultura: universidad: universitas. ¿Y cómo se logra esa marcha conjunta? ... Los conocimientos que una universidad imparte no tienen sino valor instrumental, y constituyen algo así como un ejercicio ascético para aprender a combatir las tentaciones de la irracionalidad, del miedo y del odio. El profesor que demuestra un teorema, el que reconstruye la anatomía de un animal extinguido, el que desentraña el sentido de un hecho histórico, cumplen, todos, la misma función: mostrar que nada se da aislado; que la realidad es una realidad solidaria en el espacio y en el tiempo. La universidad no enseña sino eso: que hay un universo, y que ese universo no es un sistema ya dado de una vez para siempre, sino una realidad viva que cobra incesantemente un nuevo sentido. En ese universo, toda irracionalidad se integra en una racionalidad superior, así como la irracionalidad del número pi, que comienza por desconcertarnos, se resuelve, según el ejemplo invocado por Galileo, en la más alta racionalidad que hace que el círculo máximo esté contenido exactamente cuatro veces en la superficie esférica.

La universidad enseña, también, que en ese universo se cumple una como creación continua, y que esa creación asciende de la humilde realidad de la piedra a la tremenda realidad de la historia. Enseña que el hombre es el ser al que no le basta que haya un mundo: necesita crear constantemente otros, que son los mundos de la verdad, de la belleza y del bien. *Siento que he sido creado creador* es la fórmula con que el filósofo puede traducir la dignidad del espíritu. Pero crear nuevos mundos significa creer en la racionalidad, en la acción y en el amor, y resistir a la tentación de la irracionalidad, que aísla, del miedo, que inhibe, y del odio que destruye. Irracionalidad, miedo, odio, son, pues, las tres formas de traición a la universitas.

Precisamente porque sabe que la realidad es un universo, una marcha conjunta, la universidad enseña que nada tiene en sí mismo un sentido eterno, que nada es, irremediabilmente, lo que ha sido: por la obra creadora del espíritu encarnado en el

hombre, el más horrendo de los pasados puede transfigurarse, integrándose en una nueva realidad que lo despoja de su sentido que parecía eterno, y lo convierte de recuerdo en esperanza. ¿Cómo no ha de cumplirse, en la realidad humana, la misma transfiguración que se cumple en las relaciones abstractas del mundo matemático? La realidad humana se define por su condición dialogante: y el diálogo es precisamente lo contrario de la irracionalidad, del miedo y del odio. Una universidad, que se esfuerza por demostrar que esto es un universo, no puede sino empeñarse en esa transfiguración. Para la universidad, un pasado que fuese simplemente pasado, condenado eternamente a ser lo que fue, sería una superstición. Y somos nosotros, los que integramos la universidad, quienes debemos, resistiendo a las tentaciones de la irracionalidad, del miedo y del odio, ofrecer a la nación el paradigma urgente, mostrándole que el pasado no es irredimible.

Constituimos un mundo de personas, no de cosas. Las personas admiten la posibilidad de liberación que las cosas ignoran. Y la liberación de cada uno de nosotros no puede cumplirse sino a través de la liberación de los demás. No hay liberación en la soberbia del aislamiento cínico. De nada vale salvarse si los demás se pierden. El *dum ego salvus sin pereat mundus* es el lema del aristocratismo cínico, que puede cobrar formas sutiles con apariencias de heroísmo y hasta de santidad. Ese aristocratismo es otra forma de irracionalidad, de miedo, y de odio. De irracionalidad, precisamente porque irracional es, tanto en el orden abstracto de los números como en el orden concreto de las personas, lo que se da o pretende darse fuera de toda relación; de miedo, porque es renuncia al esfuerzo de la comunicación; y de odio, porque se complace en el aniquilamiento. Ese aristocratismo incurre en el pecado del monólogo, que es la negación de la vida del espíritu, porque convierte a los demás seres en entes.

El fuego siempre vivo, aunque a veces apagado, de que hablaba el viejo filósofo, sólo volverá a encenderse si combatimos todas las formas de irracionalidad, de miedo y de odio, y si cumplimos esta nuestra ley, que es la de liberarnos liberando, la de construir nuestro mundo en la racionalidad, el esfuerzo y el amor.